

Aclamación.

El Padre le resucitó de entre los muertos (Act 2,22-36)

Entró al campo de guerra. Los hermanos, encadenados como esclavos, se enfrentaban como enemigos. En el muro de separación, el odio, que era una trinchera. Se habían cerrado al amor. Con los puños cerrados ante el Padre y ante los hermanos. En la idolatría y el apoderamiento. De hijos, quisieron ser esclavos. De hermanos, quisieron ser enemigos. Y el Padre se lo consintió: "Les entregó a los deseos de su corazón". Así el pecado les fue empujando a todos a la muerte. Y la tierra misma se convirtió en tierra de sombras de muerte.

1. Nuestra muerte asesinó la Vida.

El Padre envió al Hijo de su amor a este campo de guerra. Vino con su ternura y su fidelidad. No a dar la vuelta a la pirámide, sino a poner la mesa compartida donde estaba el muro de la separación. "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único". "En esto ha aparecido el amor de Dios a nosotros, en que envió a su Hijo al mundo para que vivamos por medio de él". Entregado como "propiciación por nuestros pecados", para que el mundo no perezca, sino que se salve por él, pasando de la muerte a la vida.

El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos. El Padre tiene vida en sí mismo y "le dio al Hijo tener vida en sí mismo". Le dio la vida para que nos la diera, para que abriera nuestros sepulcros y para que nosotros, que estábamos muertos, oyéramos su voz.

Jesús salió a los caminos para anunciar el evangelio del Reino. Era la aurora de la vida. Sus huellas inauguraban la tierra nueva de la vida. La vida que era su gracia, hecha mesa común servida por los últimos, que estaban en lo más hondo de la fosa y se acogían a su misericordia. "Los muertos resucitan y los pobres son evangelizados". Era la aurora de la nueva creación. Desde la nada, entre sus manos, la mesa del compartir servida por los pobres, que acogían su gracia.

Poner la mesa en el campo de guerra, entre los frentes, abrir las sendas de la vida en la tierra de la muerte, llevaba consigo un conflicto entre sus manos abiertas y nuestros puños cerrados. Por eso nosotros le clavamos en el madero. Nuestros puños cerrados enclavaron sus manos abiertas, que ahora se abrieron por entero para quedar abiertas por siempre jamás.

"Vosotros renegasteis del Santo y del Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un asesino. Habéis dado muerte al pionero de la vida". "Vosotros le quitasteis del medio". "Vosotros le crucificasteis". "Vosotros le colgasteis del madero". Llegasteis a ser "traidores y asesinos". Era una piedra que fue desechada porque no cuadraba con el montaje de este mundo.

Pero ¿cómo podríamos nosotros dar la muerte a la vida misma, al Hijo que es la vida? Sólo porque el Padre nos lo entregó para que nosotros pudiéramos entregarlo. Para desbordar en gracia la tierra de los puños cerrados. Para sobrepasar en exceso de ternura el habernos entregado a los deseos de nuestro corazón. Nos dejó marchar, pero nos entregó al Hijo para que cargara con nuestro extravío y llevara nuestros pecados en su cuerpo al madero. El Padre "le entregó por nosotros". Fue entregado por nuestros pecados.

2. La vida entre las garras de nuestra muerte.

El Hijo ha muerto. Ha muerto nuestra muerte en la muerte de cruz. "Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Era la muerte más cruel, la última muerte. La muerte que concentra todo el poder de aniquilación del hombre. Cuando los esclavos se ponen en pie con los puños cerrados para arrancarse las cadenas de la opresión y hacer justicia en la tierra, los poderes del mundo les aplastan, autorizados por las leyes. Los puños de los pobres quedan destrozados por los puños de los poderosos que hasta parecen tener razón según las leyes humanas y divinas. La muerte en cruz concentra la muerte que nace del pecado personal y del pecado colectivo. Es la muerte que mueren entre los frentes los últimos, que quieren tomar el poder para hacer justicia. Es la muerte de la maldición. Donde parece que se termina toda esperanza.

La muerte ha apuñado la vida. Sus manos abiertas entre nuestros puños cerrados. Y sus manos quedaron enclavadas, pero cerradas no. Así la Vida se ha adentrado en nuestra muerte. Se ha dejado apuñar libremente por la muerte. Para nosotros la muerte es un destino forzoso. Él ha sido el único que ha entrado libremente a la muerte como un acto soberano de amor.

Ahora la vida se ha convertido en muerte. El Hijo ha muerto. Al que no conocía pecado, el Padre le ha hecho pecado por nosotros. El Hijo bendito, la bendición misma, ha sido convertido en maldición. En el exceso del Amor él mismo se ha expropiado de la vida hasta perderla. Así ha sido alcanzado por la muerte, vencido por la muerte, abismado en la muerte.

"Y fue sepultado". José de Arimatea "le envolvió en la sábana y le depositó en una sepultura, que estaba excavada en la roca". "E hizo rodar una piedra sobre la puerta del sepulcro". Increíble gesto de amor. La opresión ha apuñado a la libertad. El odio ha apuñado el amor. La muerte tiene en sus garras a la vida.

"Muerto le bajaban a la tumba nueva.
Nunca tan adentro tuvo el sol la tierra.
Daba el monte gritos, piedra contra piedra".

3. La Vida ha dado muerte a nuestra muerte.

Las manos quedaron enclavadas, pero cerradas no. El amor hizo que la vida se dejara apuñar y asesinar por la muerte. Pero el Amor no se apaga. Se enciende más, se aviva, se excede, se consume hasta el fin. La muerte que mata no puede dar muerte al Amor, que muere. "La muerte no podía retenerle bajo su dominio". El abrazo primero a la muerte, entregándose a la muerte por el amor. El Padre sosteniéndole, le abandona en nuestra muerte. Para amarnos a nosotros como a él, para adentrarnos en sus entrañas, se expropia de su misma vida, que comulga con nuestra muerte, en las manos extendidas y enclavadas del Hijo. Entre nuestras manos cerradas, con las que morimos matando, el Hijo extiende y abre sus manos, muriendo con las manos abiertas, a manos nuestras. Por eso "muriendo destruyó nuestra muerte".

El Amor es más fuerte que la muerte. Cuando el Amor muere, se excede en su locura y en su novedad. Se consume y se innova. Cuando la gracia se hace sangre, en nuestras manos cerradas, la gracia aparece en toda su hondura, pero también en toda su fuerza. "El mismo se entregó a la muerte", "voluntariamente aceptada". "Todo está

consumado". "Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu". "Y al instante, de su costado salió sangre y agua". La vida nueva, el pan de su cuerpo sobre la mesa.

Escuchando a Juan, parece que la muerte es ya la vida misma, que la travesía del madero es ya la vida nueva que se entrega. Al ser crucificado es entronizado. Al ser traspasado, se abre un manantial. "La muerte y la vida entablaron un duro combate. Y muerto, el pionero de la vida reina vivo". "Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida". En el árbol de la cruz estuvo clavada la salvación del mundo.

En la muerte misma del Amor está germinando la vida. "Vinieron las tinieblas a toda la tierra, hasta la hora de nona". En principio, parece que las sombras son el llanto de la creación por la muerte del Hijo amado. "El sol se eclipsa". "Las puras estrellas negaron su luz" para no iluminar tanta afrenta. Pero las sombras son la señal del juicio. El amor ha muerto y su muerte es la única luz, que oscurece toda otra luz. La tierra se estremeció. Las rocas se partieron por medio.

El gran destierro del hombre acabó. El muro de separación ha sido derribado. "El velo del templo se rasgó por medio, de arriba abajo". El muro de separación nos separaba del Padre y de los hermanos. Porque nos habíamos separado del Padre, estábamos separados de los hermanos. Ahora la muerte del Amor derriba el muro. Sus manos abiertas son el acceso, la puerta de entrada al Padre y a los hermanos. Es la hora de la victoria del Amor.

"Bendito sea Dios, que resucitó a Jesús de entre los muertos".

El Padre, Señor de la vida, el que hace pasar de la nada al ser, abraza entre sus brazos poderosos al Hijo de su amor y le alienta su Aliento, el Espíritu, el Aliento que alentó a Jesús hasta la muerte. Al comulgar con Jesús el mismo Aliento del Espíritu, le resucita, le levanta, al tiempo que él resucita y se levanta. A Jesús, el crucificado, "Dios le resucitó, arrancándole de los dolores del abismo".

El Padre, en este aliento de Amor, lo entregó para que nos abrazara amándonos hasta la muerte y en este mismo Aliento le resucitó y le levantó para que convirtiera nuestra muerte en su vida nueva. Alentó su Aliento en el hombre primero, que era de barro y le hizo "alma viviente". Ahora alienta su Aliento en Jesús, el último Adán, el hombre nuevo y le convierte en "Espíritu vivificante".

El Padre con el Aliento del Espíritu resucitó a Jesús y en Él a nosotros y al universo, pues somos su cuerpo. Él es la cabeza de la nueva humanidad y de la nueva tierra. "El Señor es el Espíritu". "Y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad". Al alentarle el Espíritu, nuestra muerte fue recreada en su vida nueva, nuestra opresión fue recreada en su libertad, nuestra enemistad recreada en su fraternidad.

Su Pascua, la pascua del Señor, es nuestra pascua.

La pascua de la Iglesia, la pascua del universo entero.

En Él, en su cuerpo, pasamos de la muerte a la vida,
de la opresión a la libertad, de la enemistad a la reconciliación.

El Espíritu, fuerza incontenible, ha alentado en la humanidad
y el universo la fuerza de la vida nueva que un día se consumará en gloria.

"No busquéis entre los muertos al que vive".

"¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado?"

Ha sido resucitado / ha resucitado.

No está aquí. Va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis.

El camino de Jesús, el Hijo amado del Padre, su mesa compartida, su fraternidad, su fuego... no ha terminado. El Padre le ha resucitado y levantado. Todo continúa adelante. Ha vencido el Amor. Vencerá para siempre. El hombre ya no tiene por qué avergonzarse de haber nacido. "Ya ha comenzado el Reino". Ya estamos en el último día. El día de la victoria del Amor. El día de la liberación y de la reconciliación. El día de la gloria. Aleluya. Amén.

Él mismo está a la cabecera de la mesa y del camino.

Pascua del Señor '86